

jamás se les encontraba el límite; su cetro podía llamarse como el eje sobre el cual giraba la tierra; y aquel grande rey se encontró frente á frente de un pueblo débil, pequeño, sostenido solo por los impulsos de su fe y de su conciencia. Y este pueblo, forzado á retirar las olas para irse ganando el suelo patrio, sobresuelo tan movedizo, azotado de continuo por la tempestad y la tormenta, arranca al coloso la más sagrada de las propiedades: la propiedad de su conciencia. Ved á ahora la intolerancia protestante. Nace la secta evangélica de los puritanos, y María Tudor se ensaña en ellos enviando una parte considerable á Ginebra donde Brota la raiz del nuevo cristianismo; y la orgullosa Isabel también les persigue y lanza otra vez á Amsterdam; y el pedante Jacobo I, después de haberles acosado con sus sofismas en Hampton-Court, les acosa con su caballería en las costas, y arroja otra parte á Leyden, hasta que aquellos fieles cristianos, austeros como los profetas biblicos á orillas de extranjero río, ardientes como los Apóstoles al salir del Cenáculo con el Espiritu Santo sobre sus frentes á propagar las verdades cristianas por la tierra, sublimes como los mártires al tormento escapados, que lucen las cicatrices del martirio, se embarcan, se entregan á las olas, arrostran las tempestades del Océano, como habían arrosado las iras de la tiranía; llegan á las costas de Nueva Inglaterra y á la bahía de Nueva Plymouth en demanda de una tierra tan pura y tan cercana de Dios como sus almas; y allí, entre el inmenso desierto y el mar inmenso, fundan la libertad, la igualdad y la fraternidad democráticas, principios traídos luego por aquel gran hombre de bien llamado Franklin cuya mano empuñaba, no el cetro de los reyes, sino el rayo de los dioses; principios traídos, decía, á la vieja Europa y desde la vieja Europa en alas de los huracanes revolucionarios diseminados por el mundo hasta fundar la libertad, la democracia y la República en el continente de América. Ya veis, señores diputados, con vuestros propios ojos, y tocais con vuestras propias manos la

ineficacia de la intolerancia católica en tiempo de Felipe II y la ineffecticia de la intolerancia protestante en tiempo de Isabel y de Jacobo I de Inglaterra.

Pero otra idea ha dominado completamente este debate; y cuidado que yo lo he oido desde el principio hasta el fin, sin perder ni un discurso de ninguno de los oradores que en él han tomado parte; una idea que todos han proclamado como un bien inextinguible é inefable. Esta idea es la unidad; la unidad, y siempre la unidad. Cierto; la unidad es un gran principio; pero la unidad no existiría en el mundo sin la variedad. Sin unidad no existiría el universo, y sin variedad no existiría la vida. Extended vuestro pensamiento por la naturaleza, por el alma, y encontrareis confirmada esta verdad: el enlace eterno de la unidad con la variedad. El mayor de los descubrimientos modernos es el espectro solar, que prueba la identidad entre la materia encerrada en la lejana nebulosa y la materia extendida bajo nuestras plantas; pero esta materia única se diversifica en soles, planetas, cometas, aerolitos; y cuando llega á la vida orgánica, en innumerables organismos. La fuerza es una, y así un gran genio pudo demostrar la relación misteriosa entre el movimiento que impulsa á la manzana á caer de la rama al suelo, y el movimiento que impulsa á la luna á seguir al planeta, como un alma enamorada sigue á otra alma enamorada; y esa fuerza se diversifica desde el golpe de vida que late en esta sien, hasta la chispa electro-magnética que esculpe y graba. El oxígeno es el único cuerpo comburente; no hay ningún otro en los cielos y en la tierra; y sin embargo, las luces son diversas, desde el centellar de la estrella en lo infinito hasta el fosforescer de la estela en el mar. El carbono es uno, es cuerpo elemental; pero ¡qué diferencia no hay entre la hulla que ahuma las chimeneas de nuestras locomotoras y el diamante que resplandece en la negra cabellera de nuestras damas! La religión es una; la necesidad que el hombre tiene de dirigirse á Dios es una; pero las religiones son va-

rias, diversas, multiformes. ¿Cuándo, en qué tiempo de la historia, habeis visto una sola religión? Dos utopías han ensangrentado la tierra y la han llenado de montones de cadáveres; la utopia de una sola nación para todos, y la utopia de una sola religión para todos.

El cristianismo se diversifica. Los pueblos orientales del continente europeo creen á una en la religión griega; los pueblos occidentales creen también á una en la religión latina; los pueblos germanos han variado, han abandonado la religión metafísica de los griegos, la religión imperial, la religión unitaria, la religión canónica de los latinos, por una religión donde la conciencia individual predomina, por una religión esencialmente individualista, como su fisiología, como su historia, como sus instituciones, como su genio. Vuestra misma religión católica, que todos adorais, que yo respeto profundamente; vuestra misma religión católica, ¿cuándo, en qué tiempo, en qué época ha tenido unidad? Conviene que haya herejes, dijo ya San Pablo. Y los ha habido siempre. Junto al sepulcro de Cristo, Simón el Mago; junto los apologistas, los gnósticos; junto á los Padres de Oriente y Occidente, los maniqueos; enfrente de San Agustín, Pelagio; enfrente de Constantino, Arrio; al constituirse moralmente el Pontificado, la Iglesia de Focio; y al constituirse materialmente, la protesta de las investiduras; cuando las Cruzadas se arman, la voz salida del Paraclito, que demanda la independencia de la razón humana; cuando Santo Tomás escribe su Suma teológica, la gran enciclopedia católica, los albigenses; cuando se acaba el cautiverio de Avignon, tantas veces comparado con el cautiverio de Babilonia, los albores de la reforma en Alemania, en Suiza y en Inglaterra; cuando se congregaron los Concilios ecuménicos de Constanza y de Basilea, las herejías de Juan Hus y Jerónimo de Praga, el redoble satánico de aquél tambor forrado, según la leyenda con piel humana, y que convoca á los pueblos de Bohemia á comulgar bajo las dos especies; en el Renacimiento, en el

gran esplendor de las artes, al nacer y dilatarse la nueva tierra, la nueva creación entregada al bautismo católico, la voz de Lutero que lo interrumpe todo; enfrente de la reacción pontificia del siglo xvii, promovida al terminarse el siglo anterior por Sixto V, y agravada por Luis XIV, los galicanos y los jansenistas; en el siglo xviii, el regalismo subiendo hasta la Sede misma de San Pedro; y en el siglo xix, junto á las nuevos católicos los viejos católicos, los más grandes pensadores, los más eminentes obispos del catolicismo, en demostración de que las unidades absorbentes no pueden nada contra la ley de variedad, extendida en la conciencia, en la naturaleza y en la historia. (*Sensación.*)

Pero se dice: cuando menos, la unidad ha sido un bien para España. Yo me he propuesto no citar las personas que han tomado parte en el debate, porque tendría que mentarlas á todas, y pudiera olvidárseme alguna, y tomar este olvido á un menosprecio que en mí no puede existir. Pero todos habeis oído en este lado de la Cámara á jóvenes elocuentísimos que han estado invocando las glorias españolas, para demostrar que dependen exclusivamente de la unidad católica. Y el mismo joven elocuentísimo que decía esto, si la Cámara lo ha oído, que creo que le habrá oído con la misma atención que yo le presté, ese joven elocuentísimo añadía, «á Roma le costó tres siglos el dominarnos, y eso que Roma era el destino; nosotros opusimos á generales tan ilustres como Annibal, Sagunto; opusimos á los conquistadores del Planeta, Numancia; Augusto no pudo cerrar el templo de Jano, porque se lo impidieron los montañeses del Norte, y Agripa no pudo llevar á Roma el testimonio de su victoria sobre los cántabros, porque aquellos héroes abrían las entrañas de sus naves y se sepultaban en el fondo de las aguas por no pasar bajo los arcos de triunfo y por no atravesar la Vía Sacra bajo el doble peso de sus cadenas y de su afrenta.»

Pues yo pregunto á esos jóvenes, que para mayor des-

gracia suya y gloria mía, y para mejor demostración de que los discípulos no aprenden ni siguen tan fácilmente como se supone las doctrinas de sus maestros; yo pregunto á estos jóvenes que han cursado en mi cátedra y son mis discípulos (*Risas*), quizás los más exaltados, los más exagerados, habiéndoles yo premiado muchas veces, les pregunto lo que sigue, una cosa sencillísima:

Ya que decís que el sentimiento de independencia se debe en nuestra patria solamente á la religión católica, ¿por ventura, os he enseñado yo que eran idénticos los Dioses adorados por nuestros padres en Numancia y Sagunto al Dios adorado por nuestros padres en Zaragoza y en Gerona? En los antiguos tiempos, cuando nuestros padres consumaban sacrificios tan grandes, no podían hacerlos por la unidad católica, por que ni siquiera existía el catolicismo en España; los dioses de Rodas llegaban á las playas de Cataluña; la diana de Efeso á los promontorios de Valencia el Hércules de Tiro á la península de Gades; los dioses babilonios traídos entre los ídolos de la gente púnica y fenicia á las orillas del Bétis, mientras los lusitanos consultaban las entrañas de las víctimas como el augur de Roma, y el galáico tenía bosques druidicos como los antiguos sacerdotes galos, y los celtiberos trenzaban sus danzas sagradas á las puertas de las cabañas en los plenilunios, y los carpetanos adoraban el sol como los persas, y los vascos erigían los dólmenes bajo las ramas de encina donde gemían las almas de sus padres; y si la historia, si la tradición, si los siglos han de prevalecer sobre el derecho, sobre la razón y sobre la verdad, aquellos dioses deben ser vuestros dioses porque aquellos dioses han formado el suelo de la patria y han asistido á la cuna de nuestro pueblo. Yo os he dicho que la unidad católica no existió verdaderamente en España hasta el reinado de Felipe III, hasta que desapareció el último morisco. Antes, por todas partes hay pruebas de la coexistencia de cultos. Aquí se han repetido con muy buen consejo los pactos de nuestros reyes con los pueblos

dominados; aquí se ha dicho por unos: estas son las leyes; aquí se ha dicho por otros: esta es la historia, para probar la existencia, ora de la unidad, ora de la tolerancia en España. No hay historia como los monumentos, no hay historia como la arquitectura; la arquitectura es la geología del espíritu. Id á nuestras grandes ciudades, id sobre todo á la que puede decirse que compendia y resume toda nuestra historia, á la que justamente mostramos con orgullo al extranjero; ¿y qué veis allí? En el alto de la colina el soberbio alcázar donde un castellano recibía en matrimonio á la descendiente de los abditas de Sevilla; en la poética vega, los jardines de la Galiana, donde Alfonso X redactaba las tablas alfonsinas ó departía de todas las ciencias asistido por los discípulos de Averroes y de Maimónides; en la mudejar puerta del Sol, las grecas orientales bordadas por los alarifes vencidos y tolerados sobre los monumentos cristianos; en el Cristo de la Luz y en Santa María la Blanca, las preseas de la arquitectura cordobesa y siria, ornando el santuario donde los fieles guardadores de la ley de Moisés guardaban los preceptos promulgados entre los relámpagos del Sinaí; en el Tránsito, la espléndida sinagoga levantada por el tesorero de D. Pedro el Cruel cuando ya comenzaba la implacable intolerancia religiosa; y á la puerta misma del gran templo católico el rito mozárabe, el rito gótico, fortaleza moral de nuestra independencia, en mal hora rota por Gregorio VII, por los monjes de Cluni, por los duques de Borboña, que dividieron nuestro territorio, separándolo de Portugal; en fin, por todas partes donde quiera que se conviertan vuestros ojos y se encaminen vuestros pasos, manifestaciones de varios cultos sobre los cuales se levanta la catedral perfumada con el incienso, la catedral, símbolo de la unidad de nuestro espíritu, que no ha podido concluir con la variedad, existente, como en el seno de la historia, de la naturaleza y de la sociedad, en el seno también de nuestra España. (*Aprobación*).

¡Ah! Asusta contemplar las consecuencias de la unidad

religiosa. El pueblo español no las ha sufrido por completo, porque el pueblo español no decae por completo nunca. No está en su energía, no está en su fuerza, no está en su virilidad el mal irremediable de una absoluta decadencia, como la decadencia, por ejemplo, de los turcos. En tiempos de Felipe IV puede pintar Velázquez sus cuadros históricos; en tiempos de Carlos II puede escribir Calderón sus últimos dramas. Pero, aparte de estas grandes islas de luz, ¿qué hay, qué existe después que la unidad religiosa se ha establecido y se ha fundado definitivamente en España? Nunca su victoria fué tan grande, nunca fué tan incontrastable como en los tiempos de Felipe III.

Desaparecieron aquellos judíos que llevaban los productos de nuestro comercio y las ideas de nuestra mente á Provenza, á Italia y á Grecia; murieron asesinados en las encrucijadas, sumidos en la profundidad de las aguas, proscritos en los desiertos, aquellos industriales que regaban nuestras vegas y movían nuestros talleres; se pudrieron en los calabozos de la Inquisición, ó se tostaron en sus maldedidas hogueras, aquellos protestantes que, como Constantino y Cazalla, eran gloria de la conciencia española: en el siglo XVI se interrumpe por completo el movimiento intelectual alimentado por Vives, y con el movimiento intelectual interior se interrumpe también toda comunicación estrecha con Europa; nuestro espíritu no se baña en el ser absoluto con Espinosa, ni se eleva á las vertiginosas alturas del espiritualismo con Descartes, ni baja con Bacon, al fondo de la naturaleza; cierta Universidad se propone buscar un filtro que perpetue la vida á Felipe III, y otra Universidad se niega más tarde á recibir el binomio y los cálculos de Newton; los duendes vienen á nuestras noches, las brujas á nuestros conventos, el demonio al cuerpo de nuestros reyes hechizados; las tropas de Flandes y de Italia caen tristemente en Rocroy; la marina de Lepanto se ve insultada por los lanchones berberiscos ó sumergida en el Océano por los cruceros ingleses; nuestro suelo semeja un vasto y soli-

tario cementerio; nuestras fábricas una cordillera de ruinas; la literatura es culterana; la poesía gracianista; el púlpito gerundiano; la ciencia escolástica; la astronomía astrológica; la escultura hinchada y violenta; la arquitectura churrigueresca; el pueblo perezoso; el hidalgo mendigo; y tres reyes ó cuatro que no se hubieran atrevido cien años antes á mirarnos frente á frente, tratan á sus anchas en documentos diplomáticos de desmembrar, dividir y repartirse España, inmenso cadáver tendido en todo el orbe por la Providencia, para enseñar en la clínica de la historia á los pueblos cómo perecen las razas más ilustres cuando entregan su conciencia á una iglesia intolerante, y su voluntad á una monarquía absoluta. (*Profunda sensación*).

Yo, señores, no os he ocultado nunca, y vosotros estais ahí para decirlo, hoy que para nada necesito de vuestro testimonio, el cual he necesitado muchas veces; yo no he dejado jamás de reconocer y de proclamar que el catolicismo entraba por mucho, entraba por una gran parte, entraba quizá por la principal parte en el tesoro de nuestras glorias. Nadie me aventajó á admirar aquellos escritores como Alfonso X ó San Isidoro, que escribían la Enciclopedia de su época, ni aquellos poetas que producían *El Mágico prodigioso* ó *la Estrella de Sevilla*, ni aquellas Universidades de Salamanca y Alcalá que exaltaban las glorias del Renacimiento, ni aquellos pintores que traían, como Juan de Juanes, toda la corrección de la escuela de Florencia y toda la verdad de la escuela de Holanda, y que mostraban á nuestra vista, en las tinieblas los *Penitentes* de Rivera, y en la luz las *Virgenes* de Murillo; nadie ha ensalzado como yo la época en que el mar se dilataba y crecía á la sombra de la bandera española, para repetir nuestro nombre por todos los hemisferios, y en que siendo estrecho el planeta á nuestro espíritu, le agrandábamos con sin igual esfuerzo para que fuese capaz de contener nuestra gloria. Pero, señores diputados, es una falsedad histórica, contraria á timbres de nuestra raza, decir que solo de esas épocas católi-

cas tenemos monumentos imperecederos. Eso no se debe consentir en la tribuna española. Pues qué, ¿no fué un español el primer extranjero que mereció de la orgullosa Roma ciertas dignidades? ¿No eran españoles los emperadores que cerraron el tiempo infausto de la tiranía cortesana y abrieron el tiempo glorioso de los Antoninos y de Marco Aurelio?

El primer épico del imperio, era español; el primer retórico, español; el primer didáctico, español; el primer filósofo y el primer épico, españoles también; nosotros en la Edad Media enseñamos la agricultura y la hidráulica; nosotros vestimos á la haraposa Europa con nuestros hilos y con nuestra seda; nosotros mostramos principios químicos, que más tarde, muchos siglos después, habia de aprovechar Lavoissier; y mucho antes que Torricelli adivinábamos la ponderación del aire; nosotros hemos extendido la química, la farmacia, la medicina por Europa; gloria española es Maimónides, que perfeccionó las ciencias naturales en Egipto y reveló las pruebas de la existencia de Dios á Alberto el Grande; gloria española es Averroes, que civilizó el Mediodía de Europa y fué el maestro de los escolásticos; gloria española aquel Sahal, denominado el poeta de la inextinguible alegría; gloria española aquel Alhacen, discípulo de las escuelas de Córdoba y Sevilla, que dió las primeras nociones de la óptica; glorias españolas aquellas poetisas como Sobeya y Velada, que perfumaron con sus suspiros las rosas selváticas de las violáceas montañas de Córdoba; gloria española aquel ilustre Albucasis, que perfeccionó la cirugía; gloria española Geber, que levantó en la Giralda de Sevilla los primeros observatorios astronómicos, continuadores de las tradiciones científicas de Alejandría; glorias andaluzas, las cuales brillan ahí eternamente repetidas por todas las lenguas y admiradas por todas las generaciones, para demostrar que el genio es fruto de nuestra raza, de nuestro temperamento y reflejo de nuestra divina luz y de nuestro cielo incompa-

rable en la frente privilegiada de España, (*Grandes aplausos.*)

Y digo esto, señores diputados, porque necesito demostraros que la grandeza se obtendrá siempre mejor con las ideas progresivas que con las ideas reaccionarias, mejor con el espiritualismo que con el fatalismo; pero se obtendrá siempre que nuestra raza aplique su fuerza natural, su fuerza intelectual, sus fuerzas morales, independiente del tiempo y de circunstancias, á obras dignas de su aliento. Porque estudiando nuestra historia sin pasión, se encuentra en ella (y ahora voy á decir el lado oscuro de nuestro carácter despues de haber contado sus glorias), se encuentra en ella un mal sin remedio. Aquí, en España, todo el mundo prefiere su secta á su patria, todo el mundo. Cuentan los anales, que Felipe II, al comenzar la guerra de Flandes, se puso de hinojos ante un Crucifijo á orar, y pronunció estas palabras: «Perezcan esos Estados, perezcan todos los recibidos de mis abuelos, perezcan los mismos que yo he juntado á mi inmenso imperio, antes de consentir en ninguno de ellos un hereje, Señor, que no te adore como te adoro yo.» ¡Ah! esas palabras cambian con los tiempos, pero siempre quedan en el fondo de la conciencia española y dejan amarguisimo dejo en toda nuestra historia. Error terrible, espantable error. Antes mi secta que mi patria; esto se oye por todas partes. De ahí esa guerra, que yo he calificado muchas veces de animal, guerra que se declaran aquí unos partidos con otros, intolerantes todos, intransigentes todos, y de esta suerte se manchan con increíbles calumnias, se persiguen con implacables odios, se hunden por último en el común exterminio. El demagogo del Mediodía no piensa si aquella bandera roja, jamás registrada en ninguna matrícula, jamás reconocida por ninguna nación, podrá ser atentatoria á la dignidad, á la honra, á la Autonomía, á la independencia de su patria; el campesino de las montañas del Norte pide la bendición á su cura y el casto beso á su madre ó á su esposa, y se va, armado

de su fusil, á matar liberales, como mataron sus padres moros ó judíos.

Nuestros antepasados no creían, no podían creer que el hebreo pudiese amar á la patria; el hebreo, que después de cuatro siglos, proscrito en las regiones de Oriente, vuelve aún los ojos á la tierra donde el sol se pone y los huesos de sus padres se Albergan, mezclando con la lengua muerta del Exodo ó del Génesis, la lengua todavía viva en sus labios, de las *Querellas*, del *Laberinto* y del *Tesoro*. El católico español no podía creer que el morisco se hubiera convertido de buena fe; no le bastaba que fuera á la iglesia, era necesario que muriese en el cadalso ó en el desierto.

Así es, señores diputados, que un digno individuo de la comisión constitucional, en lenguaje incomparable, ha recordado con altísimo sentido las maldiciones que todos los pueblos lanzan sobre nuestra nación. Sí; las lanzan, porque el carácter español, moral, enérgico, valerosísimo, y lleno de grandes virtudes y de grandes cualidades, tiene por su intolerancia una mancha que lo oscurece: la mancha de la ferocidad. Y esa mancha, lo diré mil veces, proviene de la intolerancia religiosa; porque cuando se ha dicho que en nombre de Dios es lícito matar, ¿cómo queréis que se comprenda que de Dios solo emana la vida, y que la muerte es una negación que está solo en el límite y en la criatura limitada, y que el mal ni cabe ni puede en Dios caber, bondad eterna y suprema?

Nuestra intolerancia nos llevaba á la matanza. Bruselas enseña el cadalso de los condes de Egmon y Horn, levantado por nuestra intolerancia; Inglaterra, la Asociación de Felipe II á los crímenes de María la sanguinaria, muchos de ellos aconsejados por nuestra intolerancia; Francia la noche de San Bartolomé y el asesinato de Blois, inspirados por nuestra intolerancia; Italia el calabozo de Campanella, el sacrificio de las Repúblicas de Florencia y de Venecia, obras también de nuestra intolerancia.

¡Ah señores diputados! Ha habido dos naciones verda-

deramente cooperadoras del Pontificado; la Francia y la España. Pero Francia ha cooperado á la obra del Pontificado cuando le ayudaba el espíritu del siglo. Así pudo formar el patrimonio de San Pedro, promover las Cruzadas contribuir á la reunión de los Concilios de Lyon, admitir al Papa en su seno. Y nosotros fuimos los cooperadores del Pontificado, en su decadencia política, y tuvimos que oponernos fatalmente á la reforma religiosa de Alemania, á la independencia de Holanda, al desarrollo de Inglaterra, á la Paz de Westfalia, al edicto de Nantes, y fuimos el lado oscuro de la historia, y cooperamos á la decadencia, y representamos la muerte.

Por eso, uno de los grandes timbres de la revolución de Septiembre ha sido el reconciliarnos con la humanidad. La revolución de Septiembre nos ha reconciliado, dígame lo que se quiera, con el espíritu moderado. Tres grandes, tres ilustres ministros, no bien juzgados hoy, pero que serán muy bien juzgados mañana, y pueden descansar tranquilos de las injusticias del día de hoy por las bendiciones que les reserva la historia; tres grandes ministros tuvo la revolución de Septiembre en el Ministerio de las relaciones de la Iglesia con el Estado; uno que me está escuchado, el Sr. Romero Ortiz, que sostuvo con gran energía una época de combate, en la cual era necesario destruir grandes obstáculos aglomerados por supersticiones tradicionales; otro de los grandes ministros fué el Sr. Montero Ríos el cual presentó ya, las soluciones democráticas intermedias que convenían á su escuela y á sus principios, y que quiso de buena fe, señores, quiso de muy buena fe, quiso con tanta buena fe como inteligencia reunir los pueblos, reunir las provincias con sus obispos, con sus curas, con los representantes de la moral en nuestra tierra de España; y hubo después otro ministro de Gracia y Justicia, amigo mío, correligionario mío, joven tan inteligente como honrado, el cual dejó sobre esa mesa, un proyecto de ley para la separación de la Iglesia y el Estado, el Sr. Moreno Rodríguez;